

DECLARACIÓN PÚBLICA

Iquique, 6 de octubre de 2026

A las autoridades de la Región de Tarapacá.

A la opinión pública.

He escrito y borrado esta carta muchas veces. No porque me falten las palabras, sino porque temía que se leyera como un reclamo más, de esos que se archivan en un cajón y después se olvidan. Al final, decidí escribirla igual, pese a cualquier consecuencia. Hay momentos en que un médico tiene que elegir entre la comodidad y su conciencia, y yo ya elegí.

Desde agosto, el Hospital Regional de Iquique no tiene escáner. Tenía uno. Uno solo, para el hospital que recibe a los enfermos más graves de toda la región, y ese único equipo dejó de funcionar. Desde entonces, cada vez que un médico necesita mirar dentro de un paciente, el hospital tiene que comprar ese examen afuera o subir al enfermo a una ambulancia y llevarlo a otro lugar. Y mientras tanto, se espera.

Quiero contarles cómo es esa espera, porque las cifras no la cuentan ni las juntas de camaradería tampoco.

Es una sala con sillas de plástico donde una mujer sostiene en la falda una bolsa con la ropa de su marido, la misma que tuvimos que cortar para atenderlo. Es un hijo que le pregunta por tercera vez a la TENS si ya se sabe algo de su madre, y a quien nadie le puede responder, porque nosotros tampoco sabemos. Es un paciente en una camilla que nos sigue con la mirada cada vez que pasamos, tratando de leer en nuestra cara lo que todavía no podemos decirle. Y es un médico, muchas veces joven, que tiene en sus manos una decisión que no debería tomar a ciegas: esperar, mientras el tiempo trabaja en contra, o entrar a pabellón a buscar con el bisturí lo que una imagen le habría mostrado en minutos.

Yo he estado en ese lugar. Y les aseguro que ningún médico olvida la cara de un paciente que esperó demasiado, a veces, demasiado tarde y se le fue la vida en ello.

No vengo a hablar de presupuestos. No me corresponde juzgar cómo se administran los recursos, y no lo haré. Tampoco vengo a señalar culpables: los funcionarios del hospital, los equipos de Alto Hospicio y del SAMU han sostenido esta situación con un esfuerzo que muchos nunca conocerán. Vengo a hablar de algo más antiguo que cualquier presupuesto. Vengo a hablar de la dignidad.

Hace más de dos siglos, Immanuel Kant escribió que todas las cosas tienen un precio o una dignidad. Lo que tiene precio puede ser reemplazado por algo equivalente; lo que está por encima de todo precio, lo que no admite reemplazo, tiene dignidad. Un escáner tiene precio. Se cotiza, se compra, se repara. La vida de la persona que lo está esperando no tiene precio. Y cuando dejamos que lo primero decida sobre lo segundo, algo se ha torcido en nosotros como sociedad.

Me formé como médico en ese hospital. Ahí aprendí, con pocos años de título, algo que ninguna universidad enseña del todo: que la salud pública es el lugar donde un país demuestra lo que de verdad piensa de su gente, porque ahí llega el que no tiene otra puerta donde golpear. La abuela que baja desde Colchane. El minero que llega de la faena. El pescador de la caleta. El obrero que se cayó de un

andamio en Alto Hospicio. Ellos no pueden elegir otro hospital. Para ellos, el Regional es el único. Y si ese hospital no puede ver, ellos tampoco pueden ser vistos.

Lo que más me frustra no es la falla de una máquina. Las máquinas fallan. Me frustra la facilidad con que nos acostumbramos. La idea, nunca dicha en voz alta, de que en el norte se puede esperar un poco más. Que lo que en otra ciudad sería un escándalo, aquí es apenas la noticia de un día. La enfermedad no pregunta dónde nació nadie. Un hombre que se desangra en Iquique se desangra igual que en cualquier otro rincón de Chile. La única diferencia es lo que encuentra cuando cruza la puerta de la urgencia.

Albert Camus puso en boca del médico de *La peste* una idea sencilla y enorme: que la única manera de luchar contra la peste es la honestidad. Esta carta es mi manera de ser honesto. Callar habría sido más cómodo. Pero un médico que calla frente a lo que ve deja, de algún modo, de ser médico.

A las autoridades les pido algo que va más allá de un oficio o de una mesa de trabajo. Les pido que esta noche, antes de dormir, piensen en alguno de sus seres queridos. Imaginen que esa persona llega en ambulancia al Hospital Regional de Iquique, con dolor, con miedo, confiando. Imaginen que el médico que la recibe necesita una imagen para saber qué hacer, y que esa imagen no está. No habrá cargo, ni apellido, ni llamado telefónico que la haga aparecer. Esa persona esperará, como esperan todos. Yo no le deseo esa noche a ninguno de ustedes. Precisamente por eso les escribo.

Y a la comunidad le digo: no se acostumbren. No acepten como normal lo que no lo es. Ustedes tienen derecho a un hospital que pueda ver lo que les pasa. Exigirlo no es un favor ni una molestia; es lo mínimo que una región se debe a sí misma.

El diagnóstico es simple. Lo que falta es la voluntad de tratarlo. Que el escáner del Hospital Regional vuelva a funcionar cuanto antes, con plazos que todos conozcan. Que mientras eso ocurre, ningún paciente espere un minuto más de lo que su enfermedad tolera. Y que Iquique tenga, por fin, un segundo equipo, para que nunca más la vida de nuestra gente quede colgando de una sola máquina.

Cuando todo esto pase, y pasará, nadie va a recordar las reuniones ni los oficios. Se recordará otra cosa. Se recordará quién, sabiendo lo que ocurría, decidió actuar, y quién decidió esperar.

Yo ya decidí no callar. Ahora les toca a ustedes.

Dr. Gonzalo Rojas Godoy

Médico Especialista en Medicina Intensiva del Adulto